

## **Ser Docente: ¿vocación, convicción o formación?, una travesía reflexiva**

Ricardo Cervantes Rubio

Doctor en Ciencias de la Educación. Profesor-investigador en la ByCENJ.  
ricardo.cervantes@bycenj.edu.mx

Alguien me preguntó ¿alguna vez pensaste cuando eras niño, que serías docente?, mi entorno cercano decía que sí, pero mi respuesta fue no, ¿por qué? Me queda claro que era por temor. Vengo de una familia donde mi madre fue una maestra de educación primaria y mis hermanos mayores siguen en esta función. Es decir, el contexto de donde provengo pudo crear una influencia en definir mi perfil, sin embargo, no se logró cristalizar desde la formación inicial docente, porque decidí tener un título universitario de las ciencias económico-administrativas; creí, en ese momento histórico, que la docencia no era para mí. Sin embargo, al estar trabajando como administrativo en este tipo de institución, pude percatarme de que estaba equivocado en la formación a la que me había inscrito y, poder descubrir esto, me ayudó a liberar lo que bloqueé por mucho tiempo y que hoy es mi pasión.

Pude comprobar que ser docente no es una tarea o una profesión de medio tiempo, de sólo días hábiles o que terminas la jornada y te vas de la escuela; esto es una forma de vida, un servicio para la sociedad que demanda cada vez mayores retos al gremio y exige mejores resultados. Por ello, ser docente es aceptar que esta labor encierra grandes transformaciones a nuestro ser, que ayudan a profesionalizarte desde otros aspectos relacionados y que te hacen más humano, más empático a las necesidades de los estudiantes y de sus múltiples contextos; por ello, en lo personal este concepto tiene bastantes connotaciones que no pueden desvincularse.

Cuando se habla del docente, llega a mi espíritu la imagen de una persona que se dedica a la enseñanza de manera especial o profesional, alguien que cultiva, educa, valora, razona, ejemplifica, reta, gene-

---

ra incertidumbre, con trato humano, limpio, muestra caminos, señala, acompaña, gratifica, delimita, ilusiona, inspira, apasiona, comprende, activa, observa, dedica, suma esfuerzos, resta problemas, cree y ejerce la lealtad además de responsabilidad. Además, puedo afirmar que los docentes somos responsables directos o indirectos de construir o ayudar a construir una filosofía de vida para fortalecer y fomentar mentes abiertas, es el perfecto equilibrio entre lo que se necesita, de acuerdo a los esquemas o estereotipos sociales de orden mundial y las necesidades culturales de la misma sociedad en la que se vive lo exige.

Pero a decir verdad, para lograr hilvanar cada uno de estos conceptos, debo aceptar que se asoman algunas inquietudes particulares que he escuchado a lo largo de mi trayectoria como profesional de la educación con relación a ser docente, y que en algún momento han detenido este tránsito para reflexionar una y otra vez en busca de las mejores respuestas que hasta el día de hoy siguen siendo una disyuntiva. Acaso la profesión docente ¿es una vocación?, ¿es una convicción?, ¿es una formación?; en otras palabras; para ser docente ¿se nace o se hace? El debate para algunos es claro, definitivo, hay quienes se inclinan hacia las mayorías, pero hay otros que atestiguan lo contrario. Debo aclarar que, el decir “si se nace o se hace”, no me refiero a que el ser humano nace sabiendo enseñar de manera innata; la referencia a la que se hace alusión se basa en conocer si hay personas que dominan de manera natural la competencia de enseñar, esa tendencia o chispa de ser un mediador, guía o gestor del conocimiento y de entregar al otro lo que puede resultarle sencillo mostrar.

A partir de lo anterior, nacen otras inquietudes latentes con relación a la figura del docente, como ¿el que predica o pregona en su discurso lo que piensa, lo que sabe, lo que cree, está obligado a demostrar o modelar con hechos sus dichos?, es decir ¿un docente debe de predicar con el ejemplo?, la cuestión que implica este trazo conlleva a otro cuestionamiento ¿un docente es una figura social?, o ¿cómo debiera reconocerse en la actualidad al docente? Si la respuesta es que somos una figura social que ostenta el reconocimiento de una comunidad, entonces ¿ser docente implica que sólo lo sea dentro de la

escuela o también fuera de ella? En otras palabras, ¿debemos de quitarnos la camisa de docentes cuando salimos de la escuela? O se lleva por *default* en todo momento?

Por otro lado, ¿cuántas actividades son las que debe hacer un docente antes de realizar su labor en el aula?, ¿de cuánto tiempo laboral dispone un docente frente a grupo, para generar y resolver todas las actividades administrativas solicitadas por las distintas áreas y plataformas que se deben cubrir en tiempo real? Esto me lleva a plantear ¿la remuneración económica que recibe un docente por su función es acorde a las necesidades personales y profesionales que tiene en su vida cotidiana?, la brújula del empleador (gobiernos) con respecto a las necesidades de sus empleados (docentes) que son los que forman los semilleros culturales a través de la aplicación de sus reformas educativas que han implementado a lo largo de la historia, ¿han sido acordes y funcionales en la medida de los resultados?

Ahora bien, desde la trinchera pedagógica, el docente ¿cuánto conocimiento requiere para generar, aplicar y evaluar una serie de estrategias que le permitan acercarse de manera pertinente a sus alumnos con la intención de que todos, no la mayoría, sino todos logren o lleguen a desarrollar ese ansiado conocimiento o aprendizaje que se pretende alcanzar de manera global? Si este fuera el caso, ¿hasta dónde el empleador cumple con la responsabilidad de atender las demandas académicas o necesidades de sus docentes para fortalecer a través de capacitaciones, actualizaciones o formación permanente las competencias didácticas, pedagógicas y socioemocionales que requieren *ad hoc* a la situación en la que se vive actualmente?

Es entonces que me pregunto actualmente ¿quiénes son o quiénes deberían ser los actores educativos principales que den fuerza y vida a la realidad académica, de servicio y gestión en las educación públicas del país?, ¿hasta dónde deben estar involucrados por un lado las autoridades, el padre de familia o los responsables de la educación de los alumnos que por motivos de salud y encierro se han olvidado o han desdibujado la personalidad del docente en la función del aprendizaje de los niños?

---

A partir de esta serie de cuestionamientos debería ser una obligación de los actores principales devolverles el micrófono tanto a los niños, padres de familia, directivos, pero, sobre todo a los Docentes para conocer las diversas realidades que están atravesando y que en un punto se cruzan e interrelacionan, que sea nuevamente reconocida la labor que hace un docente, que la sociedad cambie de *chip* y vea que la docencia no es sólo hablar por hablar en una clase, sino que hasta para eso el docente es valiente y más en este tiempo de pandemia, donde todos hemos transformado nuestra práctica docente para adecuarla a las necesidades de la situación emergente y de los estudiantes, por lo anterior, es posible que la nueva normalidad beneficie a la gran mayoría para seguir dando lo mejor en cada clase propuesta que hacen estos agentes de cambio.

Ser docente es amar la profesión, es verla como un estilo de vida de manera permanente donde no puedes sacarte la camisa de la docencia para ponerte otra camisa cada vez que cierran la escuela; eso es falso, la docencia se vive, se lleva, eres un modelo social y queramos o no, lo llevamos a cualquier lugar donde estemos, sea el lugar que sea. La distinción es la que nosotros hacemos con nuestras acciones que aplicamos dentro y fuera del aula, pero siempre llevamos la casaca de la docencia, las 24 horas del día, para muchos podemos ser un ejemplo a seguir, un aliado, un influencer, un líder, quizá para otros sólo seamos una autoridad, pero siempre seguiremos siendo un actor de reconocimiento social. Por ello, es importante manejar esta condición a nuestro favor.

Cada una de las voces interiores que se relacionan con ser docente implica transitar de un estado pasivo a la movilización de estos saberes y dar respuesta oportuna a nuestras realidades que se presentan día a día. Por un lado, somos los que sembramos semillas de conocimientos a nuestros alumnos para que se produzca un aprendizaje que les signifique para su trazo por la vida. En el sentido educativo debemos de estar en frecuencia con las familias para que este andamiaje sea una responsabilidad compartida donde ellos identifiquen las muestras de civilidad y se logre la focalización y el fomento de los va-

---

lores universales como la tolerancia, el respeto, la honestidad y el sentido de la responsabilidad. Tenemos la responsabilidad de que cada alumno abra su mente hacia el pensamiento crítico, que comprenda y razone que la vida es más que sólo una situación eventual que nos puede pasar, que nuestra acción sirva de ejemplo para entender lo que puede ayudar o lastimar a los demás.

Bajo este orden de ideas, nuestra acción docente debe de implicarle retos a los alumnos que procuren desarrollar un proceso de auto-gestión pertinente, generarles una circunstancia que los mueva y con ello se pondere la incertidumbre para problematizar y comprender los fenómenos, que nuestra acción tenga un trato digno, humano y empático hacia las necesidades de ellos, que no sólo les mostremos una sola manera de resolver un problema, sino que a partir de su razonamiento domine sus emociones para salir adelante. Que si existe una situación que requiere de nuestra presencia siempre se sienta acompañado, que las actividades que ellos resuelvan tengan una gratificación como factor de motivación extrínseca, que nuestra función docente los alimente para seguir aprendiendo, que esos espacios áulicos de diálogo y aprendizaje los ilusione y viajen a través de las palabras, que seamos el factor que les inspire para no caerse o rendirse, así sea difícil la cuesta, que nos vean no sólo como personas ajenas a sus problemas, sino que nos vean comparte de ello y que juntos podemos salir adelante.

Con este orden de ideas, considero que dar respuesta a cada interrogante puede ser para muchos algo sencillo, sin embargo, para otros puede ser más complicado, no es sólo dar ideas de lo que se piensa, debe tratarse de acciones que sean pertinentes a las situaciones que se presentan. Hay que reiniciar con un cambio en la forma de concebir al docente de manera general. Un docente no debe ser sólo el que recibe la formación o capacitación pedagógica que le otorga las herramientas que necesita para desarrollar su función. Un docente es un ser humano y un ser social que necesita ser cuidado y protegido para que su función aliente a sus alumnos a dar lo mejor de sí.

Cierro este espacio con una consigna definitiva: si verdaderamente amo la docencia, estoy comprometido a ser mejor que ayer, a

---

dar lo mejor de sí y a beneficiar a todos mis estudiantes, así tengan distintas formas de aprender, porque así es como yo aprendo de ellos. Esperemos que pronto se le dé el verdadero reconocimiento social a la labor docente, porque quienes vivimos de ello, sabemos que la función implica más que sólo la punta del *iceberg* que se ve. Definamos nuestra caracterización para que nuestros alumnos se enamoren de la docencia, de su escuela, de su alma mater.